

Perdón



Un presupuesto: reconocer la existencia del otro

Tomarle el pulso a la situación del país y decidirse a reflexionar sobre perdón y reconciliación pareciera denotar cierta ingenuidad o, en el peor de los casos, una gran incapacidad de comprender lo que realmente está sucediendo en Venezuela hoy y, por consiguiente, no saber hacia dónde dirigir el propio aporte.

¿Cómo hablar de perdón y reconciliación cuando no están dados los previos necesarios para que la misericordia penetre nuestras existencias plenamente? ¿no es demasiado prematuro para hablar de estas cosas? ¿no son otras las urgencias puestas sobre el tapete de la agenda política?

Para mí es evidente, por razones de opción de vida, la necesidad de ha-

cerle frente a nuestra actual situación afirmando radicalmente la urgencia del perdón y de la reconciliación de todas las partes involucradas, como una de las muchas vías alternas para salir de dicha situación. Un programa de vida cristiano (*tener puestos los ojos primero en Dios*), para ser vivido con cierta coherencia, requiere pasar del plano meramente personal al social, y que se traduzca en reconciliación colectiva. Este quiere ser nuestro punto de llegada.

Podemos constatar especialmente en la ciudad capital cómo los dos sectores polarizados de la población se han estado nutriendo del odio y el rechazo recíprocos, y ello no conoce de estratos sociales o lazos familiares: los otros no son personas, sino *chavista* o *escuálido* y, dependiendo de donde se les ubique, serán los enemigos a eli-



...y reconciliación

Dada la tensión entre el deseo expreso a favor del diálogo y los cambios dentro de los canales democráticos, y la realidad que pareciera negar lo anterior, el único modo de sobrevivir con esperanza reconciliadora, a pesar de la falta de reconciliación, es el perdón.

Nosotros sabemos lo que significa perdonar. De lo que quizá tendremos poca experiencia es de reconciliación. Las condiciones para que se dé una reconciliación social real no están dadas aún en Venezuela. Y este es el reto para todos los sectores del quehacer nacional, y, de modo especial, para la Iglesia.

minar, a los que estaremos esperando para que no nos tomen por sorpresa esta vez, y les daremos su merecido. Para cada *bando*, los enemigos no son sino los responsables primeros y últimos de todos los males que está padeciendo Venezuela. La estrategia a seguir, por ende, es hacer justicia tomando venganza, o excluirse, subestimar-se y denigrarse mutuamente. La exclusión hoy se ha extendido hasta esquinas y plazas, calles y zonas de seguridad, en donde los enemigos no pueden entrar por su propio bien.

Sin embargo, las marchas del pasado 10 y 13 de octubre nos han mostrado un previo que es fundamental para abordar la cuestión del perdón y la reconciliación, a saber, la existencia del *otro*. Y este es el dato que nosotros recogemos. Si una marcha fue más grande que la otra,

si usaron menos autobuses y no tuvieron que pagar por asistir, si tomaron verdaderamente la ciudad o si salieron a defender la democracia, no son cosas que nos interesen ahora.

Ambas marchas nos están diciendo que los *otros* existen, y que es urgente tomarlos en consideración para poder hacer un camino de perdón y reconciliación tan necesario en nuestro escindido país. El perdón precede a la reconciliación, y al perdón le precede el reconocimiento del otro en cuanto otro y no en cuanto enemigo, chavista o escuálido, al cual debo eliminar a toda costa valiéndome de cualquier medio, incluyendo la violencia. El otro es, al mismo tiempo y recíprocamente, el sujeto propiciador y el objeto del perdón.

Vientos de guerra

A nivel de percepción, el día a día de nuestra situación sociopolítica pareciera colocarnos ante un futuro definitivamente no deseado. Las causas de dicha percepción, como suele suceder en estos casos, son muchas y muy complejas. A raíz de los dolorosos acontecimientos de mediados de abril, el ambiente caraqueño se ha enrarecido todavía más, radicalizando los procesos de los polos encontrados.

Nuevamente se hacen sentir las voces de las oposiciones, reclamando la renuncia del Presidente, y la llamada a elecciones anticipadas. Haber marchado el 10 de octubre fue primeramente un triunfo moral para la misma Coordinadora Democrática, fracturada internamente por intereses encontrados. Un sector de las FAN también ha hecho sentir su voz en la misma línea, llamando incluso a la desobediencia civil del actual gobierno.

La marcha oficialista del 13 de octubre mostró nuevamente que el gobierno del presidente Chávez posee un piso político considerable. Dicha marcha ha supuesto, al menos en un primer momento, un *espaldarazo* al proceso liderado por Hugo Chávez Frías, y una bocanada de aire para ponderar mejor los caminos a seguir y las consiguientes rectificaciones por hacer. Pasada la marcha, una vez más el gobierno no ha dado muestras convincentes de aprovechar este nuevo chance para hacerse con unas políticas en las que coincidamos la mayoría, y que logren sacarnos de la situación en donde nos encontramos. En ningún momento negamos la buena intención que ha acompañado desde siempre a Hugo Chávez Frías, pero que es insuficiente en la conducción de un país.

Por lo que respecta al aspecto económico, los que estamos acostumbrados a medir nuestras existencias en base a los precios de la harina pan, de la salsa de tomate y de la leche, hemos visto cómo nuestro dinero vale cada vez menos, nos sentimos más pobres, y sentimos que la situación ha empeorado. La percepción generalizada es que lo político está incidiendo negativamente en lo económico, y que la economía va en un franco descenso. Un posible repunte lo percibimos como una situación si no imposible,

al menos muy pero muy difícil para la mayoría de nuestra gente. Súmese a esto el sentimiento de indefensión ante la violencia.

Positivamente hablando, aún persiste en medio de los sectores mayoritarios de la población la necesidad de apostar a favor del diálogo, de la democracia y de la verdad. Esta necesidad está en el futuro, y es el futuro el que debe determinar nuestro presente. Queremos que este futuro, y no otro, nos salga al encuentro con sus retos, que nos moldee, que lo hagamos presente, que actúe. Con otras palabras, queremos tener futuro, o sea, un horizonte que está delante de nosotros y que no permite que nos encerremos en las cuatro paredes de nuestros análisis trillados y ajenos. Compartiendo esta humilde reflexión, compartimos una convicción: quien no se apoya en el Dios de Jesús, no triunfa. Y el Dios de Jesús sólo sabe de misericordia, de perdón y reconciliación.

El perdón

Perdonar—y reconciliarse— indica una actitud gratificante. El perdón posee una fuerte carga de responsabilidad y deseos de bien y paz con los que siempre estaremos en deuda. Existen situaciones personales, interpersonales y sociales de perdón dado o recibido, y el balance ha sido positivo siempre. Hay muchas maneras de expresar el perdón y de hacerlo realidad, así como existen muchas formas de vivirlo. La humanidad encuentra en la historia del perdón el sentido que lleva a la convivencia tolerante y pacífica. Nuestra existencia se llena de esperanza cuando vivimos la experiencia del perdón.

El perdón es una acción con infinidad de variantes, de repercusiones personales y colectivas, y con hondo significado humano. El perdón es una necesidad humana, y conviene a la sociedad.

El Dios bíblico se revela como el Dios del perdón y, a su vez, nos ha encomendado la misma tarea en medio de este mundo tan dividido. El Antiguo Testamento habla del perdón entre los hombres (Lev 19,17), e incluso el Nuevo Testamento habla de amor a los enemigos (Lc 6,27-36). En ambos

casos, este perdón está en relación con el perdón de Dios (Mt 6,12). Él es el único que tiene el poder de perdonar la ofensa, aunque este poder se manifieste a través de mediaciones concretas. El perdón es un acto del Dios misericordioso que pasa de largo, borrando los pecados (Jer 26,19). En tal alta estima tiene nuestro pueblo el poder del perdón que viene de Dios que en aquellas ocasiones en donde son incapaces de gestionar los conflictos propios de toda interrelación, suelen excusarse diciendo: '*yo disculpo; quien perdona es Dios*'.

El Nuevo Testamento le atribuye a Jesús el mismo poder de Dios de perdonar los pecados, apareciendo como el gran reconciliador de la humanidad. Jesús libera al pecador de sus pecados (Lc 4,18). El perdón es un acto gratuito y eficaz del Dios de Jesús que olvida y borra, absuelve y libera. Si el Nuevo Testamento habla del perdón al hermano como condición para el perdón de Dios (Mt 18,35), no se trata de un paso previo para merecer el perdón divino, sino de una consecuencia del perdón gratuito de Dios, que exige no poner condiciones a quienes nos ofenden, aunque sean enemigos (Mt 6,12).

El perdón, en cuanto dado, es oferta permanente que va más allá de la ofensa; en cuanto recibido, es respuesta agradecida. El perdón va más allá de las condiciones y no exige recompensas, acepta la debilidad y se abre a la esperanza, aceptando el *todavía no* del otro. Paradigma de esto es el mismo Jesús en el momento de su muerte, que no muere maldiciendo sino perdonando. El perdón, para no quedarse en bellas consideraciones, exige la reconciliación.

La reconciliación

La reconciliación se refiere al restablecimiento de la relación con Dios, pero también con los otros. Dios es el verdadero sujeto reconciliador, y Jesús de Nazaret es el auténtico agente de dicha reconciliación. Esta reconciliación es definitiva, y se ofrece permanentemente como regalo y tarea a realizar, pues aún es una realidad pendiente en los hombres y en la historia. Es de Jesús que emanan todas las demás reconciliaciones históricas: el

objetivo es poner fin a la enemistad, llevando a la amistad, conduciendo a la aceptación de la novedad de vida, poniendo paz en todas las cosas según el ideal de la creación y ofreciendo la salvación.

Reconciliar es unir lo separado, cancelar la deuda, traer la paz desde la ruptura. Se trata de una relación interpersonal, en la que el acento se pone en la comunicación y el encuentro, teniendo por eje al Dios misericordioso y al otro. El papel de la Iglesia en esta experiencia humana es propiciar el encuentro creando las condiciones necesarias para que el mismo se dé.

La reconciliación, para no quedarse en el plano de las reivindicaciones y los acuerdos compartidos—ciertamente necesarios, pero no suficientes—, debe implicar el perdón, único capaz de romper el círculo de las incoherencias o la violencia. Dada la tensión entre el deseo expreso a favor del diálogo y los cambios dentro de los canales democráticos, y la realidad que pareciera negar lo anterior, el único modo de sobrevivir con esperanza reconciliadora, a pesar de la falta de reconciliación, es el perdón.

A ejemplo de Jesús

La complementariedad entre perdón y reconciliación es la clave de la existencia cristiana en el amor. Ambas realidades no son sólo don, sino también, y en cualquier caso, una tarea (Lc 11,1-4). La misericordia de Dios, que adquirió rostro en Jesús, debe adquirir concreción histórica en Venezuela, para así romper círculos viciosos, para instaurar una nueva relación de justicia, de amor y misericordia. La Iglesia venezolana está llamada a prolongar esta realidad de perdón y reconciliación con todos los medios posibles. Para ello es necesario que perdón y reconciliación hayan tocado las puertas de nuestra vida y comunidad eclesial, tanto en la cabeza, como en sus miembros.

Jesús no sólo predica el perdón y la reconciliación, sino que perdona y reconcilia realmente, como se manifiesta en su llamada y acogida a los pecadores (Lc 15,1-3), come con ellos (Mc 2,13-17), los cura de sus dolencias, y los libera del poder del mal (Mt

5,37). Jesús entrega su vida para el perdón de los pecados y la reconciliación entre los hombres (Mt 26,28).

El perdón de Jesús supera las medidas de la Ley: él no se aparta, sino que se acerca a los pecadores, les ofrece junto con su perdón la presencia de un Reino nuevo. Su perdón cura y reintegra a la comunidad (Lc 17,11-19). Es un perdón que conlleva la justicia fundada en el amor (Lc 7,36-50), reclamando además la mediación de la comunidad.

Nosotros debemos continuar, con la ayuda del Espíritu de Jesús, el ministerio reconciliador de Dios en la historia, propiciando lugares de encuentro entre Dios y entre los hombres. Proclamando su reconciliación, a través de actos públicos concretos y coherentes que promuevan la reconciliación entre los grupos en conflicto.

Por esta razón es que nos vemos urgidos como cristianos a crearlas, valiéndonos de todos los medios que estén a nuestro alcance, llamando al diálogo y buscándolo, aceptándolo y propiciándolo. Ambientalmente Jesús se encontró con una situación de exclusión generalizada, y entendió y se entendió a sí mismo en esta dirección que acabamos de proponer. Dios y su reinado pasan por el perdón y la reconciliación, y en ello Jesús gastó su vida; su muerte adquiere sentido a partir de esto.

Consideraciones finales

¿Conocemos los venezolanos al menos una experiencia concreta que nos ayude a entender lo que hemos dicho sobre perdón y reconciliación?

En Venezuela son innumerables las familias que pasan por la penosa experiencia de ver cómo la *niña de sus ojos* sale embarazada, generalmente del mala conducta del sector. A la jovencita se le corre de la casa, y el padre—si lo hay—, pide al resto de los miembros no pronunciar siquiera el nombre de esa malagradecida. Nueve meses después entra por la puerta de casa el nuevo vástago, el cual es depositado en brazos de la abuela y ésta se lo muestra al abuelo, comentándole cómo los dos son *iguaitos*. Los padres se enteran que la hija está pasando necesidades y, por consideración a la criatura que no es culpa-

ble de los errores de sus padres, la aceptan nuevamente. Detrás de la hija vendrá el *yerno*, el cual no era tan malo como parecía. ¿Qué ha ocurrido? Podemos decir que los padres han perdonado la ofensa, pero ninguna de las partes se han reconciliado. Esto segundo exigirá que las personas entren nuevamente en relación, que el tiempo ayude a restañar heridas y que se entable un diálogo a partir de una nueva situación.

'*Dios perdona, yo no*' es un axioma falso, al menos en el caso venezolano. Nosotros sabemos lo que significa perdonar. De lo que quizá tendremos poca experiencia es de reconciliación. Las condiciones para que se dé una reconciliación social real no están dadas aún en Venezuela. Y este es el reto para todos los sectores del quehacer nacional, y, de modo especial, para la Iglesia. Nos tenemos que comprometer en toda situación que reclame la reconciliación entre personas y grupos. Se trata de introducirnos todos los que nos sentimos reconciliados en ese camino que conduce a la reconciliación. Para ello es importante la inclusión del otro, el perdón incondicional y el diálogo como vía para una futura reconciliación. Un modo de avanzar en el proceso es superar los 'análisis' que nos ofrecen los polos encontrados sobre nuestra situación, e intentar ir más allá con el uso de la inteligencia, lo cual supone también intentar asumir lo más honestamente posible la posición del otro, tomándolo en consideración en las propias agendas.

Si esto es imposible para los extremos, no lo es para Dios y para los que no estamos en esos extremos. Ello significa seguir fundando la propia existencia en la Palabra de Dios sin olvidar las contingencias de la historia, con la esperanza creciendo siempre en el corazón.

Luis Ovando Hernández, S.J.

Teólogo. Miembro del Consejo de SIC